

El vuelo metafísico de El ave

Pablo Espinosa

Flota.

La rodilla derecha flexionada acusa la serena ignición que suele accionar el despegue zenital de los seres alados cuya condición volátil se confirma en cuanto las alas sólo son visibles para quienes las escuchan. Medita.

Cuando Karlheinz Stockhausen inventó la “música intuitiva”, coronó una sucesión de descubrimientos: desde tiempo inmemorial el ser humano cuando hace música en realidad medita. El gesto de concentración de Charlie Parker —pues es él quien protagoniza este retrato— es una laica beatitud, una elevación zen y zenital, una forma moderna de la epifanía.

Clama.

Sus ojos cerrados emiten rayos dorados, sus oídos son dos pararrayos. La manera como enarca sus nudillos rollizos es un mudra por igual que una digitación por todos conocida, pero la velocidad con la cual los dedos nadan como peces en las solfas alza el asombro de los mortales. Quienes acceden al ascenso junto a él son quienes comprenden que los colibríes, como los gatos, se mueven de maneras tan vertiginosas que parece que no se mueven, y cuando desaparecen la manera de explicar su ausencia tiene nombre: misterio. Y apellido: misterio.

Habla.

A través del aura pertinaz que parece emerger de la garganta de su sax contralto, esa nubecilla inquieta que se difumina en la esquina superior izquierda de la fotografía, en una mezcla de adrenalina, humo de tabaco, efluvios de alcohol, pero sobre todo relámpagos de música, expresa lo inexpresable. Es sobre esa nubecilla que viaja en su velocidad de vértigo y de pasmo.

La fotografía aparece en la página 140 de una novedad bibliográfica que no vuelve a poner en el candelero a Charlie Parker, porque nunca ha dejado de estarlo, pero pone de relieve su colosal dimensión espiritual y humana.

El original se titula *Bird: The Legend of Charlie Parker* y fue publicado en 1962 por Robert George Reisner. Gracias a la Editorial Océano aparece en los estantes de novedades bibliográficas ahora. Fue publicado en Barcelona hace algunos meses por Global Rhythm Press. Como no hay felicidad completa, solamente hay un reproche contundente: en lugar de simplemente traducir, como debieran, de manera literal como *Ave: La leyenda de Charlie Parker*, ese *nosequé* pero sabemos todos el porqué de los editores preocupados por los números rojos y los negros, el balance entre el haber y el deber y el tener y todos esos menajes de la contaduría y los negocios, dio por resultado el siguiente título: *Nostalgia de Charlie Parker*.

Y claro que no puede resultar adecuado un título así después de haber leído un testimonio coral de la importancia de la conseguida por el autor de este libro, Robert George Reisner, de un hombre que valoró tanto la vida, Charlie Parker, que supo que su muerte no debía ser nada espectacular, sino una consecuencia natural de sus acciones, su levitar y su rumbo sin fin, una rueda de la vida, de acuerdo con distintos testimonios que confió a distintos confidentes.

El acierto monumental del autor de *Ave: La leyenda de Charlie Parker* (*Bird: The Legend of Charlie Parker*) consiste en, precisamente, tejer la leyenda con base en una serie de testimonios de primerísima mano, pues

el libro es una sucesión de voces, un cernido de testimonios de las personas más cercanas a Charlie Parker: su madre, sus esposas, sus amigos, sus médicos, sus amantes, gente de la calle, gente del *jazz* y de la vida.

Y si a algo mueven esos testimonios no es precisamente a la nostalgia, sino a la reflexión, a la valoración de la vida de una leyenda, a la comprensión de los motivos de un ser humano que sucede que pasa como una leyenda pero que en la realidad nunca dejó de ser un simple mortal. Un genio, un iluminado, un astro, un gigante. Sí. Pero no era más que un conjunto de huesos, masa muscular, grasa, harta sangre, mucha sangre derramada, pensamientos, talento, genio, cerebro, alma. Y un día su corazón dejó de latir y el vuelo comenzó de otra manera.

Las aportaciones de este libro son bien sólidas: da voz a un hombre que hablaba de su música muy poco, que prefería expresarse por medio de la música. En un libro de 298 páginas que hablan de una sola persona, las únicas palabras directas de esa persona son las siguientes: “La música nace de tu propia experiencia, de tus ideas, de tu sabiduría. Si no vives todo eso, no saldría nada de tu instrumento”. “Soy un músico devoto”. “La vida es una puta maravilla, si alguien se atreviera a darle una oportunidad”. “Dicen que la música es más fuerte que las palabras; dejemos pues que sea ella la que hable”.

Vivió su espacio y su tiempo en este plano espacio/temporal bajo el principio del placer. Su placer mayor fue, de manera contundente, la música.

El libro de Robert George Reisner se puede leer de varias maneras. Mi primera impresión es ésta: logra el efecto contundente, brutal, dialéctico y dinamogénico

que hizo Akira Kurosawa con su filme *Rashomon*: la misma historia contada por distintas voces. El mismo objeto observado por ojos diferentes. El poliedro puesto en observación con una lupa igualmente poliédrica.

El resultado: tenemos a la mano y a la vista y al oído una imagen enriquecida, fidedigna, de una leyenda que entonces cobra vida real, en su aquí y su ahora.

Es una manera periodística de acercarse a la verdad. No supera, por supuesto, a la puesta en vida por antonomasia de la vida de Charlie Parker que logró el maestro Julio Cortázar en *El perseguidor*, porque su secreto es un coro de valquirias: entendió en su más puro, transparente estadio, a Charlie Parker: en su vasta dimensión puramente metafísica.

Como cuando narra Julio, enormísimo cronopio, la vida real del saxofonista: de repente para de tocar de un golpe pero el resto de sus compañeros siguen tocando, como un tren que no puede parar en un instante solamente, y entonces Charlie se lleva las manos a la cabeza y expresa, alucinado: ¡esto ya lo toqué mañana!

O como cuando explica al mundo la manera tan sencilla que existe para explicar lo que nadie se explica: ¿cómo puede tocar a velocidad tan alta, notas tan lentas? Pues simplemente porque es un cronopio, y los cronopios tienen la fortuna de poder fragmentar el tiempo y el sentido del tiempo al mismo tiempo. El concepto tiempo. En su más profunda piel.

Y entonces Julio Cortázar narra cómo Charlie Parker perdió otro de los innumerables saxos que perdió en su corta vida cuando se subió el Minotauro Parker en una estación del laberinto subterráneo del Metro de París y puso su sax contralto debajo del asiento y se puso a ensoñar: entonces pensé —pensaba Charlie en su ensoñación de metronauta— en mi madre y en mis hermanas y jugábamos en el patio de la casa y cuando me percaté habían transcurrido diez minutos de mi infancia cuando en realidad el tren había hecho apenas tres minutos de una estación a la siguiente. ¿Cómo te explicas eso, Bruno? Jugueteara Parker con Cortázar, que jugueteara igual en el espejo.

Como las casualidades no existen, al mismo tiempo que apareció la reedición del li-



Charlie Parker

bro de Robert George Reisner, hizo lo propio una reedición de fábula de *El perseguidor*, ilustrada por José Muñoz, y también apareció —porque los cronopios no entendemos eso de que alguien decidió hacer números y mercadotecnia y esas cosas de contadores y gerentes y de famas y esperanzas— en los estantes de novedades discográficas, porque eso no es otra cosa más que magia, que aparezcan discos y más discos que se reproducen como conejos cuando todos dan por muerta “la era del disco”, una remasterización del disco titulado simplemente *Charlie Parker*, con piezas clásicas como *The Bird*, *Chi-Chi* (en honor alto de su esposa), *The Song is You*, *Now's the Time*, *I Remember You*, y una serie de tomas alternativas y otros inéditos varios. Gineceo magnífico.

Es tan mágico como que una persona corpulenta y redondita, con cara de niño bueno, alma de ángel y alas invisibles se te aparezca en la calle y te diga, así como si nada: Hola, me llamo Charlie Parker pero me dicen Bird, ¿vuelas? Y entonces si uno vuela es porque en las bocinas está sonando un *riff* del ave, una encarnizada lucha del ángel, una enternecida fumarola de adrenalina mezclada en alquimia con humo de tabaco y alcohol y todo se eleva en una fogata enorme: el fuego sempiterno de la pasión.

Helo ahí, en la foto de la página 50: en estado de gracia. Como que su cuerpo está aquí pero su mente vuela en el columpio del patio de la infancia de su casa con su madre y sus hermanas cuando en realidad está sentado en una banca de un vagón del Metro de París, y el tiempo se detiene en las entrañas del laberinto pero en realidad es un Minotauro enternecido que medita, detiene el tiempo mientras piensa y observa el mundo y sus misterios.

¿Qué es lo que mira Charlie Parker mientras le toman esta foto? ¿Dónde está su mente? ¿Qué es una leyenda del sax sin su sax, porque en este instante está solo, desarmado, sin sol, desolado sin su sax, íngrimo y solo, nublado y sólo con su triste mirar, su gozo y su melancolía? Si observamos verdaderamente con detenimiento, podemos comprobar que una foto no dice más que mil palabras. Si escuchamos verdaderamente comprometidos, podremos confirmar que la música de Charlie Parker sí. Las mil y una palabras.

Observemos el contenido de este libro:

Habla Angelo Casini: tenía candor. No encajaba en ninguna de las categorías en que querían encasillarlo. No era una persona extraña, rara. Tenía carne que abrigaba sus enormes huesos. El elemento tierra en su cuerpo, que algún día, lo supo siempre, tenía que devolver.

Habla André Hodeir: fue el primero en haber logrado trasladar al *jazz* una cierta discontinuidad melódica que, sin embargo, no resulta incoherente.

Habla Teddy Blume, la única de las dos personas (la otra es su pianista, Walter Bishop) que se precian de haber estado cerca, pero realmente cerca de La leyenda: yo aguantaba a su lado cuando se sometía a una cura de desintoxicación de las drogas, porque toda su vida buscó desengancharse de la heroína, sin lograrlo, y también le daba las agujas por la mañana cuando el dolor se le hacía insostenible. Su vida parecía girar alrededor de cuatro cosas: la música, las drogas, el sexo y el cine.

Hablan sus amigos de la calle, los taxistas: El ave pasó mucho tiempo de su vida en la calle. Cuando terminaba de tocar lo encontrábamos afuera del club de *jazz*, solo, estaqueado, sin camino a casa, como una piedra que rueda. Vacío, se había vaciado,

una vez más, todo en el escenario. Si le caíamos bien nos invitaba a cenar mientras el taxímetro seguía corriendo. Nos decía: sácame del barrio, y amanecíamos paseando por la ciudad. Un día me pidió llevarlo a unas caballerizas y opté por dejarlo ahí, estaba muy entretenido platicando con los caballos, como dicen que hacía San Antonio con los peces.

Habla la baronesa Pannonica de Koenigswarter, conocida mejor como Nica e inmortalizada también por Julio Cortázar en *El perseguidor* y a quien muchos músicos agradecen haber sido su mecenas pero sobre todo haber sido ángel de la guarda de Charlie Parker, no en balde en la residencia de la baronesa se refugió Charlie Parker porque se sentía mal y no podía llegar a cumplir su compromiso de dar un concierto y falleció sentado, muy divertido viendo el programa de televisión de su admirado Tommy Dorsey.

Así habló la baronesa: Había pasado por casa aquella noche antes de marcharse a Boston, donde tenía un concierto. Tenía el sax y las maletas abajo, en el coche. Lo primero que me chocó fue que, al ofrecerle una copa, la rechazó. Lo miré y me di cuenta de que parecía estar bastante enfermo. Unos minutos más tarde, empezó a vomitar sangre. Mandé llamar a mi doctor, que se presentó al instante. Dijo que Bird no podía salir de viaje, y Bird, que mejoró momentáneamente, se rebeló y dijo que se había comprometido a dar aquel concierto y que no podía fallar.

Estuvo así uno o dos días. El doctor le preguntó: ¿bebe? A veces —respondió con ironía de niño Bird— me tomo una copita de jerez antes de la cena.

Habla el doctor Reymann, que atendió a Bird en el departamento de la baronesa: me negué a firmar el certificado de defunción. Estaba totalmente desenganchado de las drogas. Lo pude ver en sus ojos. De todos modos, ya no le quedaban venas en las que pincharse; las había gastado todas. Yo habría dicho que tenía sesenta y pocos años.

Al fallecer Charlie Parker tenía en realidad treinta y cuatro años. El 29 de agosto de 2010 habría cumplido apenas noventa. Esa metafísica de los números la puso cronopiamente, en su alquimia metafísica, Julio Cortázar en *El perseguidor*: los periódicos dije-



Charlie Parker

ron que había muerto un hombre mayor, queriendo decir que había muerto un hombre que por su aspecto físico tenía como sesenta años pero en realidad tenía treinta y cuatro pero en realidad era un ser superior. Un hombre mayor, verdaderamente mayor. En tono mayor. En música mayor.

Habla Robert George Reisner, el autor del libro: Durante su breve existencia, Charlie Parker vivió más vidas que cualquier otro ser humano. Era un tipo de unos apetitos físicos desmedidos. Comía como una bestia, bebía como un cosaco y tenía la libido de un conejo. Él y el mundo eran uno y todo uno, y todo le interesaba. Componía, pintaba; le encantaban las máquinas, los coches; era un padre cariñoso. Le gustaba bromear y reír. Nunca dormía, y aguantaba a base de pequeñas siestas. Se quedaba dormido a medio ensayo. Detenía las grabaciones de sus discos como alguien pone el freno de una locomotora que no frena sino después de algunos minutos. Todo el mundo era su amigo: los chicos de los recados, los taxistas. Murió en el apartamento de una baronesa. Nadie amó la vida tanto como Bird, y nadie puso tanto empeño como él en matarse. Con todo, por mucho que lo intentó, no le fue nada fácil acabar con aquel magnífico cuerpo. En cierta ocasión,

oí a un músico decir: Bird se ha desintegrado en sonido puro.

El sábado 12 de marzo de 1955, a las 20:45 horas, culminaron sus ansias de autodestrucción. Me topé con él el día de Año Nuevo de 1955: nos dimos la mano e hicimos planes de futuro.

¿Sabes?, jamás pensé que viviría para ver llegar 1955, dijo El ave, a lo cual le pregunté, azorado: ¿has leído las *Rubbaiyat*, de Omar Jayyam? Y entonces Charlie Bird, El ave, en medio de su pasmo, recitó estos versos, sin solemnidad ni dejó alguno de elocuencia, cero dramatismo, pero sí con un sentido metafísico de la conciencia del vuelo, ensimismado y al mismo tiempo con sus plantas de plantígrado posadas firmemente sobre el suelo, y dijo:

Ven, llena la copa y lanza al fuego de la primavera
el disfraz invernal del arrepentimiento;
el ave del tiempo apenas
seguirá revoloteando. El ave ya ha alzado el vuelo.

Y entonces Charlie Parker, El ave, des-cansó. Y empezó a palpar. La oruga liberada en mariposa. Se convirtió en sonido puro. Respiró profundo. Tomó un respiro, el último. Y trascendió. Para flotar en esa nube blanca, esa mezcla de adrenalina y humo de tabaco y alcohol, de vida, de velocidades tan extremas donde pareciera que nada se mueve. Salvo la música, que salva.

Y entonces, después de leer este coral de testimonios, esta manera tan coral, tan plena, de trazar el retrato de un hombre bueno, como lo hace en su libro Robert George Reisner, uno jamás, pero de veras jamás, si uno escucha verdaderamente con atención apasionada, comprometida, podrá escuchar la música de Charlie Parker de la misma manera.

¿Por qué? Pregunta como lo hace un niño Bruno en *El perseguidor*, es decir, Cortázar, es decir el cartesiano Charlie Parker, El ave.

Sencillamente porque la música ha entendido nuevamente el vuelo.

Contesta, desde las bocinas, su saxofón contralto, en un gemido de valquiria enamorada, la Luna en alto.

Y entonces el vuelo recommienza. **U**